

nos, queria restablecer sobre las puertas todos los escudos blasonados de la familia, y habia momentos en que hasta se le figuraba que los retratos suspendidos en las paredes del salon se le daban cierto aire. En mi concepto, no le hubiera sorprendido gran cosa, si alguno le hubiese dicho que aquellos retratos eran los retratos de sus mayores.

Ahora bien, ¿y de qué manera habia de campañárselas para decir á la marquesa que fuese con él á París? Semejante empresa no hubiera podido ménos de asustar á un espíritu mezquino: mas para M. Levrault era asunto de poca importancia. Recuérdese si no con cuánta astucia habia obligado á la marquesa á darle su hijo por yerno! De consiguiente, supo manejárselas igualmente para llevarse á París á la madre de Gaston. En vano se atrincheró madame de la Rochelandier detrás de su pasion por la soledad, y en vano fué que opusiera su predileccion por la vida del campo; M. Levrault triunfó de todos los obstáculos y de todas las resistencias.

Quince días despues, una silla de postas tirada por cuatro caballos llevaba á París á Gaston, á su esposa, á M. Levrault y á la marquesa viuda de la Rochelandier.

XI

En un principio todo marchaba á las mil maravillas. Al ver á la marquesa con las manos en la masa, el ex-mercader se congratulaba cada vez más por semejante conquista, y cada vez comprendia mejor el inmenso partido que se podia sacar de ella. La marquesa, como es de presumir, fué desde los primeros dias la verdadera ama de la casa, sin que Laura se acordase siquiera de disputarle las riendas del gobierno. Gracias á sus desvelos, en todo el barrio de Saint-Germain no habia otra casa montada tan brillantemente como la de M. Levrault, cuya vanidad lisonjeaba en extremo madame de la Rochelandier, diciéndole que si habia desplegado tanto lujo y tanta magnificencia, lo hacia solamente por embellecer la morada de un hombre

tan eminente, y á quien aguardaban tan altos destinos, que toda suntuosidad y esplendidez eran pocas. Quería en fin que la jaula fuese digna del pájaro, y el marco digno del retrato, y su cariño llegaba á veces hasta el punto de lamentarse de no tener la varita de las hadas ó la lámpara de Aladino, para proporcionar al ex-fabricante toda clase de satisfacciones. A cada discurso de esta especie, M. Levrault abría una cuarta de pico, y dejaba caer, no solo uno, sino una docena de quesos. La marquesa habia dirigido el adorno de los salones, y los criados de la Trelade, vestidos hasta entonces con libreas tan relumbronas y tan listoneadas y pertrechados de sus correspondientes pelucas de lino, habian sido equipados por orden suya con unos trajes negros tan elegantes, que M. Levrault se hallaba tentado á todas horas á hablarles con el sombrero en la mano. Su cochero traía el cabello empolvado, y su cazador tenia lo ménos seis piés de estatura. Por una de aquellas delicadas atenciones que la marquesa no se cansaba de prodigar á su buen amigo, toda la vagilla, toda la plata y el servicio todo de la casa de M. Levrault, estaba marcado con las armas de la Rochelandier.

La berlina misma del ex comerciante tenia su correspondiente corona de marqués, y M. Levrault, que no podia mostrarse insensible á tan finas solitudes, rebosaba de gozo. Los salones de la casa

empezaban ya á poblarse de figuras aristocráticas. La obra de la conciliacion caminaba, pues, viento en popa. De modo que, segun todas las probabilidades, para de allí á pocos meses, el padre de Laura se prometia haber conseguido que todo el barrio de Saint Germain se adhiriese á la dinastía de 1830, y que la legitimidad no contase ni un solo partidario á la orilla izquierda del Sena.

Mientras que la marquesa y su apreciable amigo se abandonaban al encanto de la intimidad, los dos esposos vivian, por su parte, en la más completa inteligencia. Ni las exigencias de la pasión, ni las inquietudes del amor, ni las riñas momentáneas, ni las reconciliaciones, ni drama alguno, de esos que se representan á la dulce claridad de la luna de miel, turbaba la union de sus almas. Nada alteraba la tranquilidad de sus dias, brillantes y frios como los diamantes con que gustaba Laura cargarse la cabeza. ¿Qué más querian? ¿No eran felices ambos? Laura tenia un título y Gastor la opulencia; ella era marquesa y él millonario: ¿qué más podian apetecer?

Excuso añadir que la conducta del marqués de la Rochelandier para con su esposa era propia de un verdadero vástago de la sangre azul; su extrema cortesía y exquisitos modales lisonjeaban á Laura mucho más que la expresion de la ternura más viva y más exaltada. La señorita Levrault ha-

bia vivido siempre en la persuasión de que esto era lo más usual y corriente entre personas de elevada categoría, y que el amor en el matrimonio solo cuadraba á los pobres diablos. Laura preparaba sus lujosos trajes, y Gaston compraba los más arrogantes caballos de París. La juventud de su mujer, su gracia y su linda figura le ponían al abrigo de todo comentario injurioso, y le servían de excusa á los ojos del mundo; el jóven marqués se consolaba de su papá-suegro, haciendo que les diese el aire á sus escudos. Por lo demás, Gaston era muy digno de las riquezas que le había deparado la suerte. Amaba el lujo, como las flores aman el sol; comprendía y admiraba las artes; era, en fin, un hombre de corazón honrado y de un espíritu generoso. Si hasta entonces se había consumido en la inacción, habíalo hecho por las exigencias de su nombre, ménos imperiosas aun que la voluntad de su madre. Si había aceptado los provechos de una alianza desventajosa, era porque ignoraba los medios de que se había valido la marquesa para lograr este fin. En una palabra, si había consentido en ofrecer holocaustos al becerro de oro, habíalo hecho sin inclinar la frente, ni doblar la rodilla.

Y hé aquí la razón porque hemos dicho que en un principio todo marchaba á las mil maravillas. Sin embargo, al cabo de seis semanas ó de dos me-

ses á lo sumo, no era muy difícil notar en la intimidad de la marquesa y de su dulce amigo una de esas nubes que los marinos llaman flores de tempestad. A los tres meses, ya rugía esta sobre el techo de la casa de M. Levrault. ¿Qué era, pues, lo que había ocurrido? Nada que no fuera natural.

Una vez dueña de la casa, la marquesa, que se había humillado haciéndose la chiquita y mostrándose toda bondad y dulzura, había empezado ya á sacar los piés de las alforjas. Su voz había perdido la inflexión cariñosa que conmovía al ex-mercader hasta el fondo del alma. El apreciable amigo iba quedándose ya en Levrault á secas, y este nombre era pronunciado á veces con un acento tan particular que, aterrándose al oírlo el antiguo mercader de paños, se replegaba á la anaquelaría de su tienda. Las tiernas espansiones y las conversaciones familiares habían cesado completamente. Aquella marquesa, que no hablaba en otro tiempo más que de la modestia de sus deseos, y á la cual había sido preciso arrancar poco ménos que á la fuerza de su gótico y solitario castillo, aquella marquesa, que tanta predilección mostraba poco antes por la soledad y el silencio, no vivía, no respiraba ya más que por las vanidades del mundo. Había entrado en triunfo en aquella sociedad monárquica, donde había brillado tanto en tiempo de la Restauración, y se agitaba en medio de ella, sin

cuidarse de llevar á M. Levrault á ninguna parte, y sin acordarse más de él que si no hubiera existido. A decir verdad, no era esta la Egeria con que el buen hombre habia soñado. Y no era esto todo. M. Levrault hacia recordar en su casa á los reyes holgazanes de nuestra historia. La marquesa se habia absorbido todos los poderes, y de nadie tomaba consejo más que de sí misma. Gobernando despóticamente en su casa, habia pasado de regente á reina. Ella era la que todas las mañanas arreglaba el programa del dia, y la que disponia de todo á medida de su gusto. Aunque M. Levrault no era literato, conocia, no obstante, la fábula de la perra de caza y su compañera. Habiéndose regocijado en un principio con la idea de tener diariamente á su mesa quince ó veinte convidados, tardó muy poco en echar de ver que el verdadero anfitrión no suele ser siempre aquel en cuya casa se come. Nuestro hombre, en efecto, notó que él no era más que un convidado más, y que el anfitrión de hecho era la marquesa. Ella era la que por la noche figuraba y se llevaba las atenciones en el salón, mientras que M. Levrault, de quien nadie hacia caso, erraba tristemente confundido entre la concurrencia. Alguna que otra vez, sin embargo, solia hallar algun consuelo para su amor propio, oyendo ponderar en torno suyo el lujo y la elegancia de la casa Rocheiandier. Tampoco era raro que alguna

que otra noche se le acercase sonriendo uno de aquellos nobles concurrentes, que despues de alargarle la mano, y de llevárselo al hueco de un balcon para hablarle con entusiasmo de su génio y de sus trabajos industriales, terminaba por proponerle algun negocio en comandita, para el cual debia poner el proponente su ilustre nombre y el ex-mercader su dinero. De modo que observando de cerca M. Levrault á la mayor parte de las personas ilustradas que la marquesa atraia á su casa, y examinando sus costumbres, las cuales eran ni más ni ménos que las de la aristocracia del dia, tenia por fuerza que creer que se hallaba todavia en medio de sus negocios.

El ex-fabricante habia aceptado sin despecho y sin murmurar, el extraño papel á que lo tenia reducido la marquesa; no estaba lejano, empero, el momento en que deberia tomar su revancha de una manera tan ruidosa, que todo el mundo hablase de ella. Prometiase que una vez sentado en los bancos del Luxemburgo, y revestido con el manto de armiño, cuyo uso no podia ménos de restablecerse á su modo de ver, todo cambiaria de aspecto, y que la marquesa, la cual mandaba á la sazón en jefe, se daria por muy contenta con aceptar la hospitalidad, que al presente parecia ofrecerle ella en su propia casa. Hasta que tal sucediese, creia que lo mejor era callar, y se

callaba, en efecto, porque creía que la marquesa era el alma y el encanto de sus salones. Si M. Levrault hubiera entendido tanto de achaques de poesía, como de los precios corrientes de los paños de Elbeuf y de Louviers, hubiérala comparado á la alondra enjaulada de que se sirven los pajarecos para atrapar á sus crédulas compañeras. Entretanto, ¡cómo podría menos de no aplaudir su paciencia y su delicada astucia! ¡Cómo había de dejar de reírse al ver á Mme. de la Rochelandier levantar la caza, y traerla á la boca del cañon de su escopeta!

Con todo, trascurriáanse los días y las semanas, y Gaston no parecía hallarse con ánimo, ni hablaba una palabra sobre su presentación en el palacio de las Tullerías. Como hombre bien educado, y á fuer de comerciante que conocía el mundo y sabía apreciar todo el valor de las transacciones humanas, M. Levrault no había hablado hasta entonces á su yerno sobre este asunto en términos formales. Descansando tranquilamente en la confianza que le inspiraba el lenguaje moderado de Gaston, en sus opiniones liberales, y en las simpatías que manifestaba constantemente hácia los jóvenes príncipes de la familia reinante, el ex-mercader no había dudado ni un solo momento que el joven marqués se prestaría dócilmente á todos los proyectos que bullían en su imaginación. Gaston nada ha-

bía prometido; pero la marquesa había empeñado su palabra, y el hijo al cumplir las promesas de su madre, no haría otra cosa que realizar el voto secreto de su conciencia; su intención había sido siempre adherirse á la dinastía reinante: el ex-mercader no abrigaba sobre esto la más mínima inquietud.

Cada vez que hacia alusión, delante de su yerno, á sus ilusiones y á sus esperanzas, Gaston, que no estaba al corriente de la ambición de su padre político, respondía sonriéndose, y M. Levrault convertía esta sonrisa en sustancia. El buen hombre estaba tan lleno de seguridad, que aun cuando hubiera tenido en el bolsillo su nombramiento de par y su título de conde, no habría estado tan tranquilo. Llegó un día, empero, en que esta seguridad se vió defraudada.

La marquesa, que hasta entonces había hablado siempre de la nueva dinastía con cierta deferencia, cobró vuelos al ver la humildad del amo de la casa, y se expresaba con un tono tan sarcástico y tan sumamente desdeñoso, que M. Levrault no podía menos de escucharla con un estupor profundo. Siguiendo los concurrentes tan pernicioso ejemplo, solamente se oían en aquellos salones, donde debía verificarse la unión de la nobleza con la clase media, los más crueles epigramas dirigidos contra el trono de Julio. El ex-mercader estuvo tentado

en más de una ocasión de imponer silencio á apuellos habladores impertinentes, pero la prudencia encadenaba siempre á la indignación en sus labios. Agitado, no obstante, por siniestros presentimientos, el pobre M. Levrault tenía que interrogarse con inquietud, sobre lo que pasaba en torno suyo.

Entretanto, y aun cuando la unión de Gaston y Laura proseguía siendo la misma en la apariencia, empezaba á fermentar en su intimidad los gérmenes de la turbulencia y de la discordia. El barrio de Saint-Germain, donde Laura esperaba recoger los triunfos, no cumplía sus promesas, y aquella misma sociedad cuyas tradiciones y elegantes modales la habían fascinado en un principio, parecía al presente un poco fría y amanerada. Más de una vez llegó á persuadirse, con razón ó sin ella, que aquellas nobles damas no la aceptaban de una manera completamente favorable, y hasta se le figuró leer en sus sonrisas que la tienda del autor de sus días no era un misterio para nadie. ¡Cosa extraña! perdonábasele á Gaston que hubiese descendido hasta ella, y no se perdonaba á Laura el que se hubiese elevado hasta Gaston. En medio de las fiestas más brillantes, pesaba sobre su corazón una pena y un malestar indefinible. Al regresar á su aposento, repasaba en su memoria todas las palabras, todas las miradas y

hasta las sonrisas que se le habían dirigido, y las interpretaba con una crueldad ingeniosa. Entregado Gaston en cuerpo y alma á sus placeres, no adivinaba las lágrimas de su esposa, y jamás se hallaba á su lado para enjugarlas.

Laura confiaba en que la corte sería más indulgente para con ella que la aristocracia, y convencida, como lo estaba su padre, de que Gaston se adheriría al trono de 1830, consolábase de los desdenes que devoraba en silencio, pensando en la brillante reparación que la aguardaba. Trascurríanse, empero, semanas y semanas, y cuantas veces hablaba á su marido de ir á las Tullerías, Gaston no veía en este deseo más que un capricho, una niñada sin consecuencia, y, ó le contestaba riendo, ó no le contestaba. Teniendo, como tenía, mucha más perspicuidad que su padre, tardó muy poco tiempo en conocer la soberanía que se había abrogado en la casa la marquesa, y no se le ocultó tampoco que ésta se mofaba de la credulidad de M. Levrault. ¿Sería Gaston su cómplice? Esta sospecha fué creciendo diariamente en su ánimo, siendo demasiado orgullosa para reclamar lo que ella consideraba como el cumplimiento de un pacto. Laura se alejó cada vez más de su marido, empezó á dudar de su lealtad, y el despecho que sintiera en un principio, casi llegó á convertirse en odio.

Impaciente por su parte M. Levrault de saber á qué atenerse sobre los proyectos de su yerno, habíase dirigido á su hija, y lejos de calmar esta su ansiedad, acabó por el contrario de exasperarle con su respuesta. En esta atencion resolvió hablar directamente al marido de Laura. Hasta entonces habíalo intentado varias veces, mas no habia podido conseguirlo, porque Gaston tenia arregladas sus horas de manera que sólo se encontraba con su suegro á las de comer, y aun solian pasarse frecuentemente algunos dias sin que se vieran uno y otro.

Una mañana, sin embargo, presentóse M. Levrault en el cuarto del marqués, el cual acababa de vestirse y estaba esperando á uno de sus amigos para irse al bosque de Bolonia. El ex-fabricante tomó asiento en una butaca y echando una mirada escudriñadora en torno de la habitacion, exclamó luego con aire satisfecho:

—Veo, señor marqués, que cada dia hace usted nuevas adquisiciones: todos estos bronce me eran del todo desconocidos. ¿Sabe V. que su cuarto es un verdadero museo? Imposible seria escoger algo de más gusto. Verdad es, que V. lo tiene en todo, y por ahí fuera no se habla de otra cosa que de la elegancia de su tren. Acabo de ver en el zaguan el magnífico caballo árabe que compró usted ayer, y en el cual va á salir á paseo; es un animal hermosísimo. Felicito á V. por tan buena compra,

y por lo alegremente que pasa su juventud. Mas como no es posible que viva V. siempre de ese modo, puesto que su caballeriza, su estufa y su galería de pinturas son de lo más completo que puede darse, permítame V. que le pregunte, ¿qué es lo que piensa hacer ahora?

Al oír semejante pregunta, Gaston miró á su suegro con aire sorprendido.

—¿Qué pienso hacer? contestó de allí á un instante: lo que hice ayer, y lo que haré hoy; dividir mi tiempo entre las exigencias del mundo y las de la amistad. Por la mañana ir al bosque y por la noche al teatro Italiano; buscar para mi mujer distracciones agradables; visitar á pintores y escultores de fama; asistir á las carreras de Chantilly, y correr en ellas cuando se ofrezca ocasion: ¿no le parece á V. que con todo esto hay bastante para pasar la vida entretenido?

—Todo eso, señor marqués, bastaría sin duda para un hombre que no pensase más que en comerse sus rentas. Pero V., á Dios gracias, no pertenece á esa clase de hombres, y su nombre, su educacion y su alianza con los Levrault le imponen deberes más serios, los cuales me consta que no ignora; ya sé que se halla V. animado de una noble ambicion.

—¿De qué clase de ambicion quiere V. hablar? preguntó Gaston, cada vez más sorprendido.

—V. está muy lejos de ser un mozo de los del siglo, repuso M. Levrault, acordándose de las mismas palabras de la marquesa; V. ha crecido y se ha desarrollado en la atmósfera de las ideas liberales, y solo por incidencia se acuerda de la tempestad en que fracasó el trono de San Luis. Siempre le he oído á V. hablar con deferencia de la nueva dinastía, y estoy seguro de que ama V. á los príncipes.

—No digo que no, repuso el yerno, devanándose los sesos en vano por adivinar á dónde quería ir á parar el ex-fabricante. En el colegio sentábame al lado de los príncipes, y despues recuerdo haberlos encontrado un dia en Fontainebleau, donde pasé con ellos un dia de caza deliciosísimo. Son unos jóvenes bizarros que sirven lealmente á su país.

—Pues bien, ¿á qué aguarda V. entonces? preguntó M. Levrault con aire triunfante.

—Aguardo á que me explique V....., replicó Gaston.

—¡Pardiez! las intenciones de V., yerno mio, no son un misterio para nadie. Ha comprendido usted perfectamente las obligaciones que le impone su nombre ilustre, y quiere, por tanto, con sobrada justicia, tomar parte en el manejo de los negocios públicos. Un Rochelandier no debia efectivamente perder el tiempo permaneciendo con los brazos cruzados. Lo presente y lo porvenir lo reclaman

á V. á voz en grito, y sé que V. quiere adherirse á la actual dinastía.

—¿Adherirme á la actual dinastía? ¿Y quién me supone semejantes intenciones? Cada cual comprende á su manera las obligaciones que le impone su nacimiento. Confieso que no me inspiran aversion alguna las actuales instituciones, que amo á los jóvenes príncipes, y que ningun resentimiento ha dejado en mí lo pasado; pero ¿se cree, por ventura, que he olvidado la familia á que pertenezco? Mi padre me dió un noble ejemplo y me trazó con su conducta una línea de la cual no me separaré jamás. Si no logro así hacer grandes cosas, tampoco renegaré al menos; no, jamás arrojaré por el suelo las tradiciones de mi familia.

—¿Conque, segun eso, señor marqués, quiere decir que V. jamás pensó en adherirse al trono de Julio?

—Jamás he pensado en semejante cosa, repuso tranquilamente Gaston; mas, dígame V., ¿quién ha podido contar á V. semejante fábula?

—¿Quién? Su madre de V., señor marqués.

—¡Mi madre! repuso Gaston con altivo tono; ¡mi madre! ¡bah! está V. trascordado. Si yo tratase de adherirme, y llegara á noticia de mi madre, me maldeciria: estoy seguro de ello.

A esta sazón abrióse la puerta del aposento y entró un joven elegante, vestido con traje de mon-

tar y con un latiguillo en la mano, con el cual tocó familiarmente á Gaston sobre el hombro. El marido de Laura, que ignoraba la importancia que tenia para M. Levrault la conversacion que entre ellos habia mediado, se escusó para con él en dos palabras, saludó respetuosamente, y salió con el jóven que habia ido á buscarle. M. Levrault se dejó caer pálido, mudo, estúpido, en la butaca de donde se habia levantado, y oyendo rechinar de allí á poco los goznes de la puerta de la caballeriza, se dirigió corriendo á asomarse á uno de los balcones, desde el cual vió á su yerno arrogantemente colocado sobre un caballo de raza, y que poniéndolo al paso, volvía la cabeza hácia el balcon donde él se hallaba y le dirigia un saludo con la empuñadura del látigo.

M. Levrault se plantó de un brinco desde la habitacion de su yerno hasta la de la marquesa, la cual acababa de salir. Pidió su berlina, pero se la habia llevado ésta; entonces fué cuando comprendió por qué habian pintado en ella una corona de marqués, y el lector podrá adivinar cómo se pondria al verse burlado y engañado como un pobre demonio. No pudiendo parar de impaciencia, salió á pié y se dirigió hácia las Tullerías. Habia creído que el bullicio y la animacion disiparian su cólera, y precisamente le sucedió todo lo contrario. Pareciale que todos los transeuntes le

miraban con cierto airecillo burlon, como si estuviesen en el secreto de la jugarreta que acababan de hacerle.

Al llegar á las Tullerías irritóle más y más el aspecto del palacio. Paróse enfrente de él, y permaneció contemplándolo, y preguntándose si aquellas puertas no se abririan nunca para franquearle el paso á las habitaciones. A pesar de las advertencias de maese Jolibois, habia caido de Scila en Caribdis, ó lo que es lo mismo, se habia librado de las garras de Montflanquin para dar en las de la Marquesa. La confusion y la rabia se disputaban su corazon. Despues de pasar una hora sumido en dolorosas reflexiones, resolvió volverse á su casa, á cuyo fin atravesó rápidamente el Puente Real. Al llegar á ella, distinguió una inscripcion sobre la puerta, y su có'era llegó al colmo cuando leyó en letras doradas sobre mármol negro: HOTEL LA ROCHELANDIER. Aquello fué para él la gota de agua que hace rebosar un vaso cuando está ya lleno. La marquesa acababa de entrar, y M. Levrault se dirigió á su aposento.

A la misma hora abandonaba Gaston el bosque de Bolonia, y conforme iba acercándose á su casa, repasaba en su memoria las palabras que le habia dicho su papá-suegro, y no podia ménos de atribuir las á una enagenacion mental. ¿Cómo habia de creer, en efecto, que su madre hubiese hecho